

mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírle de

sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil,—exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí.—¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y ratiocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo.

—Lástima,—dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación.—¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí?—pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima?

¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinado por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesi-

dades; á tí te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

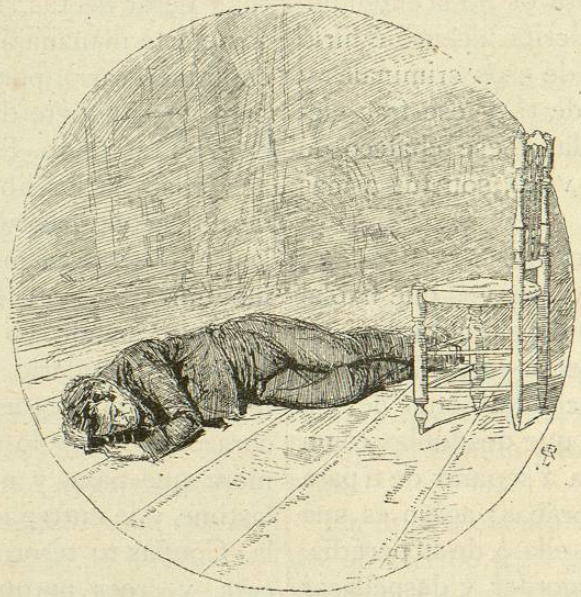
—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; e[

órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco,—exclame,—día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía toda-

vía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.



FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

EN EL MUNDO MISMO, Ó DONDE PAREN

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.

Muy señores míos: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios quería, alimentaba con mi correspondencia de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacía cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la afición. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de ternera y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser menos que los demás en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando, *Idolo, ó ángel mío*, si son de conquista; *Mi querido Fulano*, si son de amistad; *Muy señor mío y mi dueño*, si versan sobre interés ó negocios, y rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte, Tu constante amigo, ó Su seguro servidor Q. S. M. B.*: mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el día que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el día!* De donde vengo á sacar en conclusión, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente más que la friolera de 182 días y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al *Mundo*, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que había de volver con mis demás costumbres la afición á mis cartas de mi vida; en

cuanto abrí los ojos esta mañana fué mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diría un diputado, y más, que había por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto más práctica que un cartero; tanto que no haría nada de más el gobierno, ó como se llame, en darme la dirección de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y más pronto que suele este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me había de lucir, y ni había de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leída, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave en Europa*; y la carta llegó como si la hubiera traído él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el *Mundo* estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la dirección *En el Mundo*; además de que, si he de juzgar del corazón de ustedes por el mío, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos días cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervantes con el lugar de Argamasilla, según los más sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos días que soy redactor, y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que más á sus fines convino, y así sería injusto que no pareciesen mal sus determinaciones,